

dió el pintor tomando su sombrero y disponiéndose á marcharse de nuevo á la calle.

—No se puede tratar conmigo, eh? Y cojes tu sombrero y pretendes largarte? No será sin que yo te diga cuántas son cinco.

Entónces comenzó una escena horrible; aquella furia, que no mujer podia llamarse, se abalanzó como una leona contra su marido; le arañó el rostro hasta hacerle sangre, le despedazó el sombrero y la ropa, y le abrumó á injurias.

El artista se defendió lo mejor que pudo procurando conservar toda su dignidad de hombre y no tocar ni al pelo de la ropa á la que llevaba su nombre y habria sido madre de sus hijos si Dios no hubiera querido privarla de los gozes de la maternidad como indigna de ellos, y se lanzó á la calle como si doscientas mil furias le persiguiesen.

Tan desagradable escena, que hemos tratado de bosquejar rápidamente, porque la pluma se resiste á detenerse haciendo la descripción de ciertas monstruosidades que parecen increíbles y que son, sin embargo, el pan cotidiano de algunas familias de nuestra sociedad, era la centésima representación de un drama que Mauricio no podia evitar, como acabamos de verlo, y cuya constante repetición habria matado en el alma del artista todo sentimiento generoso, si por fortuna para él y para su atrabiliaria mitad, esa alma no hubiera estado tan bien conformada.

XLIX.

Una compensacion.

Mauricio salió de su casa sin saber adonde iria.

Ciego de cólera contra su destino se preguntaba á sí mismo si era posible que hubiese en el mundo un ser mas desgraciado que él, y si un hombre en semejantes circunstancias no era disculpable si atentaba contra su propia vida.

Se encontraba aislado en medio del mundo, le faltaba el amor de la familia; la amistad de don Marcos y de Ramon, por providente que fuese la primera y por sincera que creyese la segunda, no le satisfacian. Necesitaba algo mas para que su alma quedara satisfecha.

Aquellos hombres de que le habia hablado Manuel, le atraian de una manera irresistible. Unidos por estrechos lazos, componian una gran familia diseminada por todo el mundo; practicaban las santas máximas de caridad y de fraternidad que predicó Jesucristo; ayudaban al débil, socorrian al pobre, estimulaban el génio, le auxiliaban para que no desfalleciera á la mi-

tad del camino que conduce á la gloria, y segun las expresiones de Manuel, cada hombre de aquellos era el eslabon de una fuerte y poderosa cadena que rodeaba el mundo y que podia enlazar á todo el género humano.

Ya la imaginacion de artista de Mauricio habia volado por un mundo de misterios y de ilusiones al ver concurrir periódicamente á una de las habitaciones de la casa en que vivia, algunos hombres que se recataban de todas las miradas, llamaban de una manera especial á la puerta de la expresada habitacion y permanecian en ella algunas horas.

Al principio, los vecinos se habian alarmado:

—Son jugadores—decian unos.

—Son monederos falsos—pretendian otros.

—Tienen toda la facha de conspiradores—habia agregado un oficial retirado del servicio desde la caída de Su Alteza.

No faltó quien comunicase sus temores al gefe de policía y este mandó una comision que se informara de lo que pasaba en aquella casa.

Los vecinos notaron que el gefe de la comision, al despedirse, se habia deshecho en cortesias y en excusas con uno de los hombres misteriosos que le acompañó hasta la puerta. El mismo agente de policía habia advertido á los curiosos que se aventuraron á acercársele cuando se retiraba, que se guardaran de molestar á aquellos señores porque se las habrian con él.

Todos guardaron silencio al saber la resolucion de la *autoridad*; los mas tímidos abandonaron la casa; los que permanecieron en ella se abstuvieron hasta de fijarse en los misteriosos personajes, y una novia, curiosa como todas las mujeres, encargó á su novio que averiguase lo mas pronto posible y so pena de rompimiento formal, quienes eran y qué hacian tan cerca de tan adorable persona aquellos sospechosos individuos.

El doncel se apresuró á satisfacer los deseos de su amada y

averiguó tanto y tan bien, que no pasaron muchos dias sin que fuese á decirle:

—Son masones.

En el acto circuló la voz por toda la vecindad. Las ancianas se santiguaron, las mozas preguntaron que queria decir eso de masones, los hombres se dieron importancia, y las personas respetables contestaron á las ignorantes niñas que masones y diablos eran una misma cosa, no faltando quien asegurara que eran hombres que no creian en Dios, ni se confesaban, ni oian misa, y que convertidos en machos cabrios concurrían á los *sábados* de las brujas donde jugaban al toro con los demonios.

Si la primera impresion que produjeron tantas necedades en el ánimo de los vecinos hubiera prevalecido, la casa se habria quedado desierta; pero á pocos dias nadie se acordaba de los masones y como ellos no molestaban al vecindario, este acabó por perderles el miedo y verlos como á todas las gentes.

Cuando Mauricio oyó hablar á su amigo Manuel de los masones y de la masoneria, recordó el incidente que acabamos de mencionar, y se dijo á sí mismo que se consideraria muy dichoso con pertenecer á una sociedad que tenia tanto de novelesca y en cuyo seno iba á encontrar sentimientos fraternales que respondieran á la ternura de su corazon y tal vez el porvenir y la gloria con que batallaba su mente de artista y cuyo pensamiento era una tregua á sus dolores y á los disgustos que le ocasionaba María.

La última escena que habia tenido lugar entre su esposa y él le habia decidido.

Algunos hombres, cuando desesperan de la suerte ó no pueden sufrir un dolor por intenso y sin remedio, se aplican la boca de una pistola en la sien, se arrojan de cabeza en un pozo, ó toman un veneno activo; Mauricio creia que era una cobardia y una vileza quitarse la vida, y cuando mas le agobiaba el do-

lor pensó en aprovechar su existencia en beneficio suyo y de la humanidad.

Como hemos dicho al principio de este capítulo, nuestro héroe salió de su casa sin saber adonde iba.

Era día de *tenida* como dicen en su gerga los masones, ó de junta como llaman á sus reuniones las gentes que no han perdido el juicio; y el encuentro de un embozado en el oscuro callejon de la casa, trajo á la memoria de Mauricio la masonería y la conversacion que acerca de ella habia tenido con Manuel.

Pensó formalmente en hacerse mason, y se dirigió á la casa de este amigo suyo.

—¡Que fenómeno! dijo Manuel al verle entrar. ¿No te rompiste la crisma en la trampa del patio?

—Nó, á Dios gracias, contestó sonriendo Mauricio. ¿Con que tú pones trampas en el patio para recibir á tus amigos?

—Nó, si no para que caigan los que han perdido la costumbre de venir á verme.

—Dispénsame, Manuel, estoy siempre tan ocupado.....

—¿Y tu señora?

—Buena, Manuel, gracias.

—¿Le ha dulcificado el carácter el matrimonio?

—Sí, dijo Mauricio haciendo un esfuerzo.

—Porque ántes era tremenda ¿te acuerdas? nos hacia ver lumbre.

—Ha variado mucho.

—Me alegro por tí y por tus hijos, ¿ya tienes prole?

—Nó, desgraciadamente.

—¿Cómo desgraciadamente? Debe ser una fortuna no tener hijos.

—No lo creas; luego que se casa uno desea tenerlos. Hablando de otra cosa, Manuel, creo que me proponias hace un rato cuando nos vimos que perteneciera á cierta sociedad.

—¡Ah! ¿quieres ser nuestro hermano?

—Con todo mi corazon: pero francamente, me pareció oírte decir algo de que se tenia que dar dinero y como yo estoy tan pobre.....

—Sí, los gastos de la iniciacion y de la banda y de la liturgia son algunos, pero en cambio las ventajas que te vas á procurar son inmensas. Por lo pronto tendrás tantos hermanos cuantos masones hay en el mundo; y verdaderos hermanos, no como tantos que lo son por la sangre y que miéntras nadan unos en la opulencia, los otros se hallan en la mas espantosa miseria sin que aquellos tiendan á estos una mano protectora; tendrás compradores para tus cuadros, amigos que te aconsejen, protectores que acaso te pensionen para que vayas á perfeccionarte á Italia en tu arte; por donde quiera que vuelva los ojos hallarás miradas amigas; si tiendes tu mano alguna vez aun cuando sea en el desierto ó en la oscuridad, sentirás que otra mano la estrecha con afecto; y si la necesidad y la miseria la ha abierto, la amistad y el cariño de tus hermanos la cerrarán depositando en ella algo con que puedas satisfacer las exigencias de la vida. Hazte mason, Mauricio, sé nuestro hermano, agregó Manuel, cuyos ojos brillaban de entusiasmo. Te propondré en mi lógia.

—Por desgracia, Manuel, y por mas bello que me parezca lo que me dices y por mas santo que sea el lazo fraternal que une á los masones, mi pobreza me impide pertenecer á su sociedad; lo poco con que cuento apénas me alcanza para medio cubrir las mas urgentes necesidades de la vida; no puedo distraer un solo centavo para aplicarle á esos gastos.

—Si tienes necesidad de vender tu cama y tu última camisa para pertenecer á la masoneria, véndelas, que con ventaja te resarcirás de su pérdida con el tiempo.

—Si hubiera alguno que quisiera comprarme uno de mis cuadros.....

—¿Vendiste tu grupo de familia?

—Nó.

—¿Cuánto te ofrecían por él?

—Descientos pesos.

—Vale muchísimo mas, pero los tiempos no están buenos y debiste darle.

—Era yo soltero cuando me hicieron la oferta, y se me resistía deshacerme de mi obra por tan poco dinero; sin embargo, despues de casado he ido á proponerla á la misma persona que me ofreció esa cantidad, y me ha contestado que ya no la necesita y que hoy no me daría ni veinte pesos.

—Infame! ¡por una obra maestra!

—No te burles, Manuel.

—Estoy muy léjos de ello, Mauricio: te aseguro por mi honor que ese cuadro me llena. Estoy pensando que tal vez sería conveniente que le cedieras á la asociacion masónica; tal vez esto te relevaría de la obligacion de pagar derechos.

Mauricio pensó que era chusca la gracia que le hacían dispensándole de pagar derechos mediante la cesion de un cuadro que valía por lo menos una talega de pesos; pero estaba decidido á ser mason y no vaciló en aceptar la proposicion de Manuel.

—¿Crees que aceptarán?

—Difícil me parece, pero yo tomaré empeño en ello; diré que serás un mason ferviente y decidido, y con esto y la vista de tu cuadro sería preciso que en el Gran Oriente no hubiera las buenas cabezas que hay para que no se admitiera esa compensacion.

—Proponlo entóncees.

—Magnífico, Mauricio, dentro de poco seremos hermanos.

Y Manuel se levantó de su silla y abrazó estrechamente á Mauricio.

Este abrazó maquinalmente á su amigo y algo como una nube negra pasó por su imaginacion.

Era el pensamiento del disgusto que se le esperaba con María cuando esta supiera que el pintor había enagenado un cuadro en el que á ella le agradaba contemplarse bella, fresca y angelical como había brotado de los pinceles del que era ya su esposo.

Por fortuna el cuadro se hallaba en la Academia, y tardaría María en advertir su falta.

Manuel notó la distraccion sombría de Mauricio.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Nada.

—Te veo preocupado.

—Acaso la idea de que voy á pertenecer al fin á esa sociedad misteriosa que tanto me ha llamado siempre la atencion.

—Verás cómo no te arrepientes.

—Me alegraré mucho.

El pintor se despidió de su amigo y tomó el rumbo de su casa.

Diversos pensamientos le agitaban. Temía llegar á su habitacion y encontrarse de nuevo frente á su mujer; ante la idea de que iba á ser mason y á ver de cerca lo que la distancia abultaba y hacia mas misterioso, experimentaba ese vago temor que se siente siempre ante lo desconocido; el calofrío recorría su cuerpo, y en vano se decía que nada en la vida podía ser mas terrible ni mas imponente que los dramas que se verificaban todos los días en su hogar doméstico; aquella idea le preocupaba hondamente y no le abandonó en toda la noche.

Era muy tarde ya cuando estuvo de vuelta en su casa; afortunadamente su mujer dormía, y pudo acostarse en paz.

Antes de cerrar los ojos no dejó de pensar un momento en la Sociedad masónica, y cuando logró dormirse, el fantasma de Manuel y multitud de objetos extraños que se reproducían incesantemente ante él y que tenían formas caprichosas y fantásticas atormentaron su sueño.

L.

El nuevo Mason.

Pocos días después, el magnífico cuadro de la familia, obra de Mauricio, era descolgado de la pared de una de las salas de la Academia y conducido á la casa de Manuel, quien dijo á Mauricio que la Gran Logia aceptaba la compensación ofrecida, y le nombraba depositario del cuadro de su amigo.

Así comenzaba Manuel á dar pruebas de su confraternidad á Mauricio, escamotándole su obra maestra, de la que ni siquiera noticia tenía la Gran Logia. El mason propagandista había encontrado muy cómodo satisfacer él á nombre de Mauricio los derechos exigidos por los estatutos, y quedarse así á poca costa con el cuadro pintado por el artista en momentos de inspiración.

Mauricio fué presentado por Manuel en la logia que se hallaba en su propia casa, y ya le hemos visto, al principiar esta